

MAUPASSANT
por Félicien Champsaur (1885)

«¿Maupassant? ¡Qué talento!» Cuando se habla de él, esto es lo que dice todo el mundo, y, por extraordinario que parezca, todo el mundo tiene razón: Maupassant tiene lo mejor, pero lo mejor no es suficiente.

Algunos volúmenes que componen la obra de este muchacho de treinta y tantos años, están sobre mi mesa; es muy hábil y organizado. Cada uno contiene apenas el número de páginas necesarias; esto es, no sobrepasar las trescientas. Veinte líneas por página, mucho blanco, páginas en blanco. Se ve en él a un negociante que ha extraído de su trabajo todo el provecho posible. Tras la publicación de varios relatos en un periódico, Maupassant los reúne; los vende, por ejemplo, a un editor de Bruselas, Kistemaekers, que hace con ellos un pequeño libro; al cabo del año transmite los derechos de editar esta hermosa narración, *La Srta. Fifî*, y los cuentos anteriores a continuación del de esta prostituta, al Sr. Havard. De este modo, tres refritos. Pero eso no es lo que yo censuro a mi camarada.

Al contrario.

Cada libro es una fuente de dinero. Maupassant se las arregla para extraer de sus soberbios relatos, el mayor beneficio posible. Muy bien. Pero de todo este ejercicio no se genera la impresión formidable de admiración que se siente con la lectura de los grandes maestros de la humanidad: Homero, Esquilo, Shakespeare, Molière, Balzac. Hay en tres líneas de Pascal unos entresijos y profundidades de pensamiento que Maupassant ignora para su uso.

¿Cuál es la filosofía de su obra?

Sin duda, (y esas son cualidades maravillosas, muy difíciles y muy escasas) posee una frase clara; diáfana, pintoresca, sin rebuscar palabras complicadas; su observación es natural, sincera; emociona de un modo poderoso por medios sencillos; une a ciertas tiernas delicadezas, sentimientos sutiles y dulces, una salud de vicio, un análisis apaciblemente irónico, un impudor insolente y hermoso que gusta. Un soplo, de vez en cuando, ese algo indefinido e inexplicable del que sólo los artistas están dotados y de los que los buenos obreros a veces dan la impresión, un soplo, una alma agita sus relatos de principio a fin. Pero ese soplo sacude un árbol, haciéndole murmurar una canción o un lamento misterioso; pero ese estremecimiento no remueve un bosque.

De entrada, la obra de Guy de Maupassant no es un bosque.

Es un vergel normando.

Una crítica, nada más, sincera y leal.

A un escritor de este valor le conviene no una advertencia, sino la verdad al menos, justa o falsa, pero una apreciación franca. *La Iliada*, *la Comedia humana*, ¿hay que evocar esos monumentos? La labor de Maupassant está lejos, muy lejos, más lejos todavía, de poder ser comparada a estas enormes obras, siempre palpitantes.

Que se vuelva a leer únicamente un relato de Balzac, *Gobseck*, para juzgar a continuación a Maupassant.

Por lo demás es un magnífico elogio que se le hace situándolo a semejante altura. Maupassant está al nivel de Mérimée.

Su familia es normanda. La señorita Lepoitevin, de Fécamp, era bastante rica para casarse con un noble; se convirtió en la esposa del Sr. de Maupassant, un hombre de espíritu, de corazón, fogoso, derrochador y galante. Cuando se separaron amistosamente, ya habían nacido dos hijos. La madre un poco encaprichada por ser aristócrata, había llamado al primero Guy y al segundo Hervé. Este último salió a su padre. Guy tiene más de la madre. De sentido práctico, razonado, pero de inteligencia fina, ella anima a Guy a escribir.

Pero esto es ir demasiado aprisa. Nacido cerca de Dieppe, comienza sus estudios en el colegio de Yvetot. Expulsado por sus exabruptos contra la religión, termina sus clases en Normandía y conoce a Flaubert. Maupassant desarrolla su espíritu y su observación en la intimidad de este maestro; a él sometió durante mucho tiempo sus primeros versos, bonitos diablos *sin calzones*, y su primera prosa, como un escolar a su profesor. Flaubert aconsejaba al alumno quemar sus trabajos, y Maupassant los arrojaba al fuego, casi siempre.

Hacia los veintiocho años, finalizó este aprendizaje. Empleado en un ministerio, Maupassant entrega al *Gaulois* en 1878, que entonces dirigía un escritor de mucho verbo, Emile Blavet, una poesía notable: *la Dernières Escapade*. Ese fue su debut.

Algunos meses después, me encontré con el autor. Habitaba entonces la calle Clauzel (cuando se le iba a visitar, unas mujeres abrían todas las puertas de los pisos), tenía a medias con nuestro amigo Léon Fonatine, una casa en Sartrouville, un barco y una yola. Recuerdo una noche en la que, con Alis y Deschaumes, tras haber pagado una ronda de licor a media región, hacia medianoche, nos fuimos en barco a Saint-Germain.

¿Quién remaba?

Recuerdo el regreso, al amanecer. Maupassant hizo esta descripción:

«Un conejo, viéndonos venir, volvió a entrar en su guarida y nos mostró, durante un segundo, la mancha nívea de su rabo. Unas aguzanieves discurrían por las angostas playas de arena, picoteando insectos con movimientos secos; una gran garza, a veces se elevaba desde un matorral y subía al cielo con grandes aleteos, la cabeza alargada y las patas colgantes. El aire era dulce, el canto penetrante de las orillas calmas nos envuelve, nos posee; se respira lentamente con un gozo infinito.»

Una cuerda, que yo no veía cortaba un brazo del Sena; un poco antes, nos entusiasmos en una discusión. Remaban duro. De pie en la proa, la cuerda me golpeó en la corva y me arrojó por encima de Maupassant al otro lado del barco. ¿Fue entonces cuando el vio al conejo mostrando su mancha nívea?

En una antología de relatos, *las Soirées de Médan*, publicó una narración admirable: *Boule-de-Suif*. El éxito llegó de inmediato. Aunque Maupassant no hubiese escrito más que eso, su nombre quedaría para la posteridad.

Y a partir de ese momento, nuevos relatos, narraciones sin cesar. Las dos principales, después de la que he citado, son: *La Maison Tellier*, *Mademoiselle Fifi*. Jovencitas, siempre jóvenes, y muy banales, públicas. Realmente, por intenso que sea el

talento de Maupassant, es este tipo de temas en los que todo gran escritor necesita ser un pensador.

¿Que pensamiento se desprende de esas obras? Entre la trágica agitación de ese siglo de dinero, Maupassant parece no percibir más que grandes números. La baja mujer de la sociedad no es todo.

¿Y la sociedad?

Albert Wolff, en un artículo muy elogioso, le ha preguntado si él era como esos pintores que, habiendo conseguido realizar un cuadro, lo vuelve a rehacer continuamente.

La espera fue bastante intensa cuando ese robusto maestro del relato había anunciado una novela. Apareció la novela *Une Vie*; los periodistas lo celebraron. Con seguridad este libro tiene cualidades de estilo y de observación superiores; pero ha causado una decepción que nadie se atreve a confesar. Maupassant es un poder. En esta muchedumbre vaga que se denomina prensa, se debe contar también con ignorantes que admiran a alguien, un colega, se atreven a decir, sin haberlo leído, cuando la admiración se convierte para él en un cliché.

¿Cuántos libros de Renan conoces, por haberlos leído? De todos es sabido, con razón, que es un gran escritor; eso basta a esta muchedumbre perezosa.

Guy de Maupassant, al que falta un poco de brío en la crónica, de gracia ligera, es absolutamente el número uno en los relatos cortos. Casi cada mes, los delicados se ven sorprendidos al encontrar en un periódico, en un mar de literatura cotidiana, una historia emotiva hasta lo más profundo del corazón y que marca para el futuro. Maupassant es un artista. Pero en su primera novela no alcanza el poderío continuo. En un salón alguien dice a una joven mujer, muy sensible: «¿Qué piensa usted de *Une Vie*?» Ella replica «Prefiero *Un coeur simple*.»

Asombrosa precisión. El cuento de Flaubert es el cuadro perfecto y preciso de una existencia miserable; es una obra maestra, puesto que en ella no hay nada de exagerado, nada que se pueda suprimir, nada que se pueda reprochar. Es una obra maestra. Maupassant quiso dar ampliamente la misma impresión. Pero la muerte espantosa de Julien y de su amante no serían desplazadas en Montepin; el abad Tolbiac frecuentó al hermano Archangias. Luego, en el análisis de esta vida tierna, lenta, *in situ*, hay saltos considerables. La frase es rica, precisa, a veces sensual; pero Maupassant intenta realizar un *Coeur simple*. Las dos palabras por él trazadas en la cabecera de su novela deberían ser la divisa de cada escritor: «La humilde verdad.»

¿Qué añadir del hombre?

Un poco macizo, rostro rosado, bigote marrón y espeso, pequeños ojos negros, escrutadores, es un vigoroso muchacho. Muy amable, muy afable, no criticando nunca a nadie, salvo en una intimidad estrecha, tiene una risa complaciente que en él es la expresión del más profundo desdén.

Ironía muy bonita y distinguida.

¿Qué piensa Maupassant? Su opinión permanece dentro de él. Su extraordinaria risa se detiene en su piel; allí, se vuelve banal: Eso es suficiente para los hombres.

En cuanto a las mujeres, he aquí su debilidad o su fortaleza. ¿Prefiere ser alabado como escritor más que como macho?

Ambas cosas le gustan.

Presumido normando, robusto y refinado, ¿es por lo que no tendrá en ocasiones palabras espirituales y aventuras galantes de escalera?

Vive a saltos entre Étretat y París. En Étretat, se ha hecho construir una residencia que aumenta cada año; se diría una habitación y un jardín de cura.

En París, su apartamento está cerrado hasta las cinco de la tarde; durante el día, trabaja. Jamás visita alguna le importuna. El portero tiene órdenes severas. El joven maestro, como se dice tan fácilmente para los pintores, se sienta cada mañana ante su mesa, con la regularidad de un empleado.

Del libro *La massacre*, de Félicien Champsaur. E. Dentu editor. París 1885.
Traducido del francés por José Manuel Ramos González para
<http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>